

# Los niños en las fábulas de Esopo

Luis GARCIA IGLESIAS

«Gustosa participación en el homenaje a D. Lisardo Rubio, hacia quien siento respeto, admiración, agradecimiento y cariño»

El repaso que estoy haciendo de los autores griegos en la idea de registrar todas las menciones significativas del niño y del muchacho, de la infancia y de la adolescencia, con la intención de componer más adelante un cuadro general de lo que eran y significaban las muy jóvenes edades de la vida del hombre entre los helenos, me lleva a dedicar unas páginas a la fabulística que se nos ha transmitido bajo el nombre de Esopo. Hay mucho de atrevimiento en ello, por razones de género y de transmisión, de atribución y de cronología. Pero el problema que encierra la fabulística griega clásica —y en concreto la esópica— no me exime del ligero tratamiento que le voy a dar aquí, como no exime a otros autores, aunque no lo hagan, del uso de estos textos para las finalidades que resulten procedentes. García Gual, hace algunos años<sup>1</sup>, destacó la tendencia a preferir el aprovechamiento de este género en monografías sobre moral antigua de carácter popular, citando en concreto las de Pearson, Adkins, Ferguson y Dover, a las que yo añadiría alguna otra, como la de Den Boer, y trabajos sobre la literatura en la sociedad y el mundo de las ideas en general como los de Beye, Havelock y Romilly, por ceñirme a algunos ejemplos recientes. Las razones que apunta García Gual son ajustadas: la escasa entidad literaria de este género popular, la difícil datación de los textos que nos han llegado a nombre de Esopo y la muy discutible historicidad de este personaje. Razones que explican, pero que no justifican Nøjgaard, por ejemplo, no se ha privado de considerar la ética que revelan las fábulas<sup>2</sup>, y algunas de sus observaciones u otras podrían haber en-

<sup>1</sup> C. García Gual, «Historia y ética de la fábula esópica», en *Actas del V Congreso Español de Estudios Clásicos*, Madrid, 1978, p. 181.

<sup>2</sup> M. Nøjgaard, *La fable antique, I. La fable grecque avant Phèdre*, Copenhague, 1964, en especial el libro primero caps. V y XI, y libro segundo caps. V y IX.

riquecido las monografías arriba mencionadas. Es de señalar que tan solo resulta fácil encontrar aprovechada la fabulística de Esopo en obras de carácter sociológico-estructuralista, como por ejemplo las de Nagy y autores franceses seguidores de Gernet y Dumézil<sup>3</sup>

Los esopicos son textos que están ahí, con toda su problemática, sí, pero con su contenido, su testimonio y su significación, aunque no sean siempre fácilmente calibrables. En cualquier caso, estas breves estampas tienen el indudable interés que emana de su triple esencia profunda: la dimensión moralizante, la dimensión crítica y la dimensión realista, armonizadas en diversa proporción según relato, según ambiente y según fecha. En la fábula, la componente realista es importante, ya los han destacado diversos autores<sup>4</sup>. Como dice Nøjgaard, lo propio de la ficción es ser real<sup>5</sup>. Sin embargo, se ha hablado hasta el momento básicamente del realismo moral, del psicológico y del de las reacciones sociales<sup>6</sup>, así como del realismo de relación entre las pautas de comportamiento, naturales o tópicas, de cada especie de animal y la nota caracteriológica dominante que se les atribuye. Yo pienso que hay otro nivel de realismo en el que se ha insistido menos. Me refiero al de los cuadros de vida, al realismo de escena, por decirlo de otra manera. Un realismo más humano y más intemporal que el que refleja unas realidades sociales cambiantes y de circunstancias. Leída de esta otra manera, la fábula resulta a un tiempo lección para el hombre y retrato del hombre.

Aclaro, ya de entrada, que me limito aquí a la colección de fábulas atribuidas a Esopo, dejando los demás especímenes de la fabulística arcaica y clásica para tratarlos en su día con los autores y géneros en que se documentan, y prescindiendo de la *Vida de Esopo*, por su redacción tardía y el carácter muy problemático en fecha de sus *αἰῶνι*. No es tarea fácil la aproximación al manojito originario de las fábulas que circularon en época clásica a nombre de Esopo —no se conserva, por desgracia, la colección de Demetrio de Falero—, si bien podemos hacernos una idea de su tenor y estamos además en condiciones de diseccionar, dentro de la verosimilitud, elementos que parecen corresponder al período de refacción helenística. Señalo, sin embargo, la escasa fortuna que en relación a su historia y a su fecha han tenido los textos que presentan menciones de niños y muchachos. Los filólogos no han podido ajustar a nuestra selección, o simple-

<sup>3</sup> G. Nagy, *The best of the Achaeans. Concepts of the Hero in Archaic Greek Poetry*, Baltimore-Londres, 1979, y M. Detienne y J. P. Vernant, *La cuisine du sacrifice en pays grec*, Paris, 1979, por ejemplo.

<sup>4</sup> Así, M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 48 ss., C. García Gual, «Historia y ética», pp. 186 ss., y F. R. Adrados, *Historia de la fabula grecolatina*, I, Madrid, 1979, pp. 172 ss.

<sup>5</sup> M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, p. 49.

<sup>6</sup> Sobre el particular, tengo por abusiva la interpretación indiscriminada de las fábulas esopicas como reflejo de la moral popular antiaristocrática del período arcaico y como género literario del oprimido. Es la tesis de A. La Penna, «La morale della favola esopica come morale delle classi subalterne nell'antichità», en *Società*, 17, 1961, pp. 459 ss.

mente no lo han hecho, los procesos —por otra parte no definitorios— encaminados a fijar el origen y la antigüedad de cada fábula de las colecciones que nos han llegado. Pero, aun así, no huelga el repaso de lo encontrado, en la seguridad de que nuestros pequeños textos esopicos conservados aportan elementos que, como muy tarde, corresponden a la época helenística, sin que se descarte que puedan ser anteriores.<sup>7</sup> Además, en lo que tienen de cuadros de vida, son atemporales y carecen de geografía.<sup>8</sup> Creo que acierta más García Gual cuando hace referencia a la coherente visión del mundo que refleja la colección fabulística, que cuando relaciona esto con el contexto histórico en que surge el género, porque es este contexto histórico lo que no se ve ni se puede ver, al menos sin dudas, entendiéndolo en un sentido preciso y sincrónico.<sup>9</sup> Como estoy más cerca de Adrados cuando habla de la escasez de alusiones fechables en el género<sup>10</sup>, que cuando relaciona el complicado mundo del comercio, del campo, de la artesanía y de las profesiones libres, de suficiente representación en la fábula, con el nuevo cuadro social y humano del período helenístico.<sup>11</sup> Lo que las fabulas nos pintan en este terreno de cosas vale tanto para el viejo cuadro social clásico cuanto para el nuevo, y sólo por otras razones filológicas cabría fechar en época helenística los textos que aportan estos testimonios.

Dicho lo que antecede, lamentando que la discusión de los filólogos especialistas no haya podido solventar problemas fundamentales como los de si existió realmente en el siglo VI un personaje llamado Esopo<sup>12</sup>, autor de fábulas al que se mitificaría después y a quien se atribuirían otros especímenes del género, o si existió en circulación una colección de fábulas escritas en la Atenas clásica<sup>13</sup>, o si hubo o no hubo —parece en principio que sí— colecciones esópicas helenísticas posteriores a la de Demetrio<sup>14</sup> (seguridades a estos respectos serían de subido interés para noso-

<sup>7</sup> F. R. Adrados, *Historia de la fábula*, I, p. 74.

<sup>8</sup> Sobre el tiempo y el espacio en los textos esópicos, véase Nøjgaard, *La fable antique*, I, caps. III y IV de la segunda parte.

<sup>9</sup> C. García Gual, «Historia y ética», p. 182.

<sup>10</sup> F. R. Adrados, *Historia de la fábula*, I, p. 74.

<sup>11</sup> F. R. Adrados, *Historia de la fábula*, I, I, pp. 527-528.

<sup>12</sup> A. La Penna, «Il romanzo di Esopo», en *Athenaeum*, 40, 1962, p. 284, se inclina por la real existencia de Esopo, atribuyendo un cierto valor de canalización de elementos históricos a la fluida, dice él, tradición oral de los siglos VI al V. Quizá con exceso de optimismo, añade que ya no duda nadie de que vivió un personaje llamado Esopo. Por referirme tan sólo a autores posteriores a La Penna, M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 454-455, y Detienne-Vernant, *La cuisine du sacrifice*, pp. 218 ss., suponen la existencia real de Esopo. Últimamente se admite de forma expresa en G. E. M. de Sainte-Croix, *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, Londres, 1981, p. 444. Pero C. García Gual, «Acerca de las fábulas griegas como género literario», en *Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babilonia*, Madrid, 1978, p. 19, todavía habla de «existencia, real o literaria».

<sup>13</sup> Es lo que piensa M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 457 y 472-474, aunque otros autores lo discuten.

<sup>14</sup> F. R. Adrados, *Historia de la fábula*, I, segunda parte.

tro), paso ya a la utilización de los textos esopicos al servicio de este nuestro tema. Yo agruparía los textos aprovechables en tres capítulos: primero, referente a algunas pautas de comportamiento, segundo, en relación con la vida del niño en casa y su educación, y tercero, tocante al gusto de los niños por los animales. Son tres aspectos, como puede verse, no del todo estancos, pero bastante homogéneos y suficientes para articular de alguna suerte el puñado, no demasiado nutrido, de pasajes de interés para el tema.

El primero de los tres aspectos, el que vamos a ver ahora, supone en cierto sentido una definición de la infancia y de la muchachez a través de cinco textos esópicos, no más que estampas, simples apuntes incluso, y no bien fechables en su contenido. Las cinco fábulas a las que me refiero son las siguientes: 1.<sup>a</sup> «El niño y el alacrán» Un niño (παῖς), que estaba cazando saltamontes, estuvo a punto de ser picado por un escorpión, al que inadvertidamente quiso echar mano.<sup>15</sup> 2.<sup>a</sup> «El niño que estaba bañándose» A punto de ahogarse un niño (παῖς) que tomaba un baño en el río, pidió auxilio a un hombre que pasaba. Al reprocharle éste su temeridad, el niño le urgio a que le salvara y dejara las recriminaciones para después.<sup>16</sup> 3.<sup>a</sup> «Los caracoles» Un niño (παῖς) asa caracoles y se burla de su crepitar al fuego.<sup>17</sup> 4.<sup>a</sup> «Los jovencuelos y el carnicero» Dos muchachos (νεανίσκοι), compinchados, aprovechaban los descuidos de un vendedor de carne para robarle piezas. Advertido este, incrimino a los jovencitos, quienes juraban, uno no haber cogido y el otro no tener nada. El que robaba había ido depositando el botín en las haldas del manto de su amigo.<sup>18</sup> 5.<sup>a</sup> «El lobo y la vieja» Una vieja asustaba a un niño (παῖς, παιδίον, τέκνον) que estaba llorando amenazándole con echarle al lobo si no callaba. Cosa que creyo ingenuamente un lobo que casualmente lo había oído.<sup>19</sup>

Estas picecitas esópicas tienen como denominador común la discutible adecuación del epimitio a la historieta que se nos narra, cosa por lo demás nada particular<sup>20</sup> y, al menos algunas, ciertos rasgos cínicos y moralizantes que tal vez Adrados atribuiría, sobre la redacción recepta, al

<sup>15</sup> Hausrath, 215-Perry, 199. He preferido citar por la edición teubneriana de Hausrath, la que utiliza Adrados, y la de Perry, la más reciente, prescindiendo —aunque es la que tenemos en la monografía de Nøjgaard— de la numeración de Chambry, siempre confusa por la no coincidencia exacta entre la edición crítica de 1925 y la abreviada posterior que se sigue reimprimiendo.

<sup>16</sup> Hausrath, 230-Perry, 211.

<sup>17</sup> Hausrath, 54-Perry, 54. El texto trae γεοργουῦ παῖς, y creo que aquí παῖς se refiere a un niño.

<sup>18</sup> Hausrath, 67-Perry, 66.

<sup>19</sup> Hausrath, 163-Perry, 158. Παῖς en la primera recensión, παιδίον y τέκνον en las otras dos.

<sup>20</sup> B. E. Perry, «The origin of the *epimythium*», en *Transactions and Proceedings of the American Philological Association*, 71, 1940, pp. 391-392 y 398.

período helenístico <sup>21</sup> Estos elementos que podrían ser recientes, sin embargo, ni son definitorios de fecha, ni excluyen una antigüedad real para el cuadro humano, que es lo que nos interesa. Con todos los problemas que estos documentos tienen, más en cuanto a valor y en cuanto que situables en época clásica que en lo referente a interpretación, su observación conjunta nos permite ensayar en pocas líneas la fijación de rasgos que la fábula esópica atribuye a los niños y adolescentes, rasgos que, en el fondo, son de validez universal, sin que ello suponga que yo me adhiera a la tesis de Nøjgaard del ejemplar o personaje único <sup>22</sup>, que me parece otra cosa, y además rechazable. El niño es travieso, en ocasiones, cuando ha llegado a ser ya un poco mayor, incluso se produce como lo que nosotros llamaríamos gamberro <sup>23</sup>. Un siguiente paso, fuera ya de la edad que aquí interesa, podría ser el que ofrece la fábula del muchacho depravado (νέος ἄσωτος) que consumió su patrimonio hasta quedarse incluso sin su manto <sup>24</sup>. El niño se entretiene con cualquier cosa, como puede ser encender un fuego y asar caracoles, o dedicarse a la caza del saltamontes. El niño es asustadizo, y no era práctica desconocida la de aprovechar esta realidad para conseguir efectos de comportamiento <sup>25</sup>. Y, sobre todo, si algo caracteriza al pequeño de las fábulas es su carencia de sentido del peligro, ley de vida, relacionada con la escasa experiencia y el insuficiente sosiego, que un autor cual Platón toca alguna vez, como cuando en un pasaje del *Laques* dice que no hace valientes a los niños el hecho de que por ignorancia no tengan miedo a nada <sup>26</sup>.

Algo de estas pautas de comportamiento vuelven a surgir en el puñado de fábulas que agrupo en el capítulo que contempla al niño en casa y en la educación. Bien podría esta nueva serie abrirse con la fábula de la vieja que asusta al niño con el lobo, ya vista, aunque seran otras piecicitas esópicas las que relacione, evitando la repetición. Estos otros textos son los siguientes: 1° «El niño que vomitó las entrañas». Un niño (τὸ παιδίον, ὁ παῖς, según las recensiones) se atracó de vísceras y de vino en un banquete. El exceso le llevó a vomitar, y se echa la culpa del mal estar a no otra cosa que a las entrañas <sup>27</sup>. 2° «El hortelano». Así como la tierra parece madre de las plantas silvestres y madrastra de las culti-

<sup>21</sup> Parece que lo hace expresamente para Hausrath, 67-Perry, 66, cf F. R. Adrados, *Historia de la fábula*, I, p. 655.

<sup>22</sup> M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 300-301.

<sup>23</sup> Sobre la dimensión religiosa de la fábula, vease M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 537-538.

<sup>24</sup> Vease *Vida de Esopo*, 16, donde es el propio Esopo quien aparece constituido en radical y eficaz asustaniños. En referencia a la mención del lobo, dire que no es aplicable en este caso, me parece, la interpretación sociopolítica que de este animal en los escritos esopicos hacen Detienne-Vernant, *La cuisine du sacrifice*, pp. 215 ss., de manera particular en la p. 228.

<sup>26</sup> Platón, *Laques*, 197b.

<sup>27</sup> Hausrath, 47-Perry, 47.

vadas, un niño no se cría igual con su madre que con su madrastra «Οὕτω καὶ τῶν παιδῶν οὐχ ὁμοίως τρέφονται οἱ ὑπὸ μητρικῆς τρεφόμενοι τοῖς μητέρας ἔχουσιν »<sup>28</sup> 3° «El niño y el cuervo» Una madre, avisada por adivinos, intenta por todos los medios evitar que el destino fatal que acecha a su niño (παῖς νήπιος) se cumpla, lo que no logra<sup>29</sup> 4° «El campesino y la serpiente» Un ofidio se desliza dentro de la casa de un agricultor y mata a su hijo (παῖς) El padre es presa de profundo dolor y la tumba del niño se convierte en perpetuo recordatorio<sup>30</sup> 5° «Los dos perros» Tras la fábula del perro cazador que recrimina al perro guardián por el regalo en que vive, se transmite la siguiente moraleja «Οὕτω καὶ τῶν παιδῶν οἱ ῥάθυμοι οὐ μεμπτέοι εἰσίν, ὅταν αὐτοὺς οἱ γονεῖς οὕτως ἄγῳσιν», a saber, «No hay que reprender a los niños indolentes, cuando son sus padres quienes los hacen así»<sup>31</sup> 6° «El niño ladrón y su madre» Un niño (παῖς) robó una tablilla a un compañero de escuela, después un manto, y su madre, en vez de regañarle, elogió estas acciones Cuando el niño llega a la juventud (ὡς νεανίας ἐγένετο), siguió por el mal camino hasta verse condenado a muerte El ladrón echaría la culpa de su suerte a la madre por no haberle reprendido la primera vez que robó, cuando era niño<sup>32</sup> 7° «El enfrentamiento de los hijos del labrador» El padre exhorta a la unión a sus hijos (παῖδες), que estaban enfrentados Una vara, les dice, es fácil de quebrar, un haz de varas, no<sup>33</sup> 8° «La paloma y la corneja» Oyó una corneja a una paloma vanagloriarse de su fecundidad y le contesta que a más hijos (τέκνα), mas servidumbre Termina el epimitio diciendo que los servidores de menos dicha son los que más hijos tienen<sup>34</sup> 9° «El asno y el lobo» Un lobo se deja engañar por un asno y lamenta haber olvidado que el oficio que aprendió de su padre es el de carniceiro<sup>35</sup> 10° «Los hijos del mono» Los monos favorecen en la crianza a uno de sus hijos, aunque luego no siempre ocurre que sea ese el que se les logre<sup>36</sup>

Los varios textos de este segundo grupo aportan referencias de valor general, de valor particular y algunos otros no pasan de marginales Aunque Nøjgaard se ha manifestado en el sentido de que la fábula esópica representa en cierto sentido un desprecio de la institución familiar<sup>37</sup>, el amor de los padres por los hijos queda ejemplificado en el progenitor del niño muerto por la serpiente y en la actitud proteccionista de la madre

<sup>28</sup> Hausrath, 121-Perry, 119

<sup>29</sup> Hausrath, 171-Perry, 162

<sup>30</sup> Hausrath, 51-Perry, 51

<sup>31</sup> Hausrath, 94-Perry, 92 El texto corresponde al epimitio de la recension primera

<sup>32</sup> Hausrath, 216-Perry, 200

<sup>33</sup> Hausrath, 53-Perry, 53

<sup>34</sup> Hausrath, 218-Perry, 202

<sup>35</sup> Hausrath, 198-Perry, 187

<sup>36</sup> Hausrath, 243-Perry, 218

<sup>37</sup> M Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp 301-303 y 534

que sustrae a sus hijos de los cuervos. Se nota de manera especial en el primero de los casos que el niño no está en la fábula por sí mismo, sino articulando a su través la enemistad entre el hombre y la serpiente y convertido en víctima de la tópica esencia mortífera del animal<sup>38</sup>. En el segundo ejemplo tenemos documentada la mala prensa del cuervo entre los antiguos griegos<sup>39</sup>, aquí el ave es algo más que presagio de muerte<sup>40</sup>. No falta en las piezas esópicas el tema de la tensión entre padres e hijos, manifestada de forma especial entre hijo y madre<sup>41</sup>. Por otra parte, tan sólo de pasada, tenemos una referencia al niño en la escuela. La responsabilidad de los padres como educadores queda destacada en la historia del niño ladrón, en la de los hermanos en discordia y en el epimitio de la fábula en que se enfrentan los dos perros. Otro epimitio afirma que para un niño no es lo mismo vivir con su madre que con una madrastra, quizá —y lo relaciono con lo anterior— porque ésta no puede tener el mismo cariño ni, como consecuencia, igual medida de responsabilidad ejercitada<sup>42</sup>. Se nos documentan también los temas del pobre prolífico y del aprendizaje en familia del oficio paterno por parte de los hijos. Por último, tenemos un testimonio de la presencia del vino en la dieta de un niño<sup>43</sup>, y, curiosamente, del malestar del pequeño se echa la culpa a las vísceras, y no al vino, radicando precisamente en ello la ironía de la pieza.

Debo señalar que, como es frecuente, no hay relación directa entre episodio y epimitio. Dos de los textos cuya referencia antecede solo tienen interés para nuestro tema por el epimitio, pues ni la fábula de «Los dos perros» ni la de «El hortelano» hacen referencia a los niños en el episodio. Son epimitios de curioso contenido, pero sin duda postclásicos<sup>44</sup>. La referencia a la escuela no es fechable, pues Grecia conoció este tipo de establecimientos para la educación desde el siglo VI a C., aunque aplicando el criterio de datación tardía del elemento moralizante podríamos llevar la fábula del niño ladrón a época helenística, cosa que ni rechazo ni

<sup>38</sup> Ya en Homero, *Iliada*, XXII, 93-95.

<sup>39</sup> Sobre el instinto de ataque del cuervo, exagerado por los antiguos, véase J. Pollard, *Birds in Greek Life and Myth*, Londres, 1977, p. 12. Hay, sin embargo, en cerámica atica representaciones de niños con lo que podrían ser córvidos, cf. A. E. Klein, *Child Life in Greek Art*, Nueva York, 1932, p. 11, lám. XI.

<sup>40</sup> G. Nagy, *The best of the Achaeans*, p. 302, se queda corto en la interpretación de esta fábula.

<sup>41</sup> M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 302-303.

<sup>42</sup> El tema de la madrastra lo tenemos en Herodoto, IV, 154, 2, caso de maltrato a una hijastra, y en Eurípides, *Alceste*, 305-310, donde se expresa la no conveniencia de dar nueva madre a niños pequeños. Homero, *Odisea*, XVIII, 267-270, atribuye a Odiseo, si no es ardid de Penélope, el consejo de no casarse de nuevo hasta que Telemaco comenzara a tener barba.

<sup>43</sup> Véase Homero, *Iliada*, IX, 490-491, y *Odisea*, XVI, 443-444.

<sup>44</sup> El epimitio es antiguo para M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 501 ss., pero tardío para Perry, «The origin of the *epimythium*», p. 404. Véase más explicitamente en F. R. Adrados, *Historia de la fábula*, I, pp. 457-458, quien también se manifiesta por la secundariedad

doy por adquirida. En relación con la fábula del labrador cuyo hijo murió mordido por una serpiente, diré que el hecho de que aparezca en el *Panchatantra* supone una dificultad para la datación tardía, ya que, como parece, hay que inclinarse por la prioridad de la fábula griega sobre la india y por la época helenística como momento probable del paso de este género desde el ámbito griego al país del Indo<sup>45</sup>

El tercer aspecto de la articulación que imponen los textos esópicos con referencias infantiles es el del gusto de los niños por los animales inofensivos. En la fábula «El niño y el alacran» habíamos visto ya la estampa de la caza del saltamontes. Hay que añadir las siguientes referencias: 1ª «El grajo que se escapó» Un hombre cazó un grajo y se lo dio a su hijo (παῖς) atado por una pata. El animal consiguió escapar<sup>46</sup>. 2ª «El aguila, el grajo y el pastor» Un pastor capturo un grajo, que quiso arrebatarse un cordero al estilo de un ave de presa. Recortó las alas al animal y lo llevó a sus hijos (παῖδες), quienes preguntaron de qué animal se trataba<sup>47</sup>. 3ª «El camello» Cuando los hombres advirtieron la mansedumbre del camello, le despreciaron, le pusieron arreos y se lo dieron a los niños (παῖδες) para que cabalgaran en él<sup>48</sup>. 4ª «La zorra y el perro» Una zorra, sorprendida en un rebaño por el perro, finge jugar con un corderito<sup>49</sup>. En estas fábulas del tercer grupo destaca el elemento lúdico: la caza del saltamontes como pasatiempo, el camello para diversión, el grajo para entretenerse. El saltamontes, el grajo y el camello son simplemente elementos zoológicos, como señala Nøjgaard para el tercero de estos animales<sup>50</sup>, lo que es natural en fábulas con personajes humanos. La zorra que fingía jugar con el cordero aparece personificada, mientras que este no. El disimulo de la zorra se basa en no otra cosa que lo que se tenía por normal que hiciera un niño con un cordero. Pero no falta otro elemento distinto, como es el de la curiosidad infantil ante un animal capturado. Los niños, ante el grajo que su padre les trae, inquieran qué pájaro es aquel. En este grupo de fábulas ninguno de los epimitios hace relación al tema, y todo invita a pensar que estos son moralejas moralizantes de datación tardía<sup>51</sup>. En cuanto a los animales representados, hay que destacar la verosimilitud de la estampa por lo que estos se prestan al papel que tienen atribuido. El grajo es ave de fácil captura en vivo<sup>52</sup> y el cor-

<sup>45</sup> F. R. Adrados, *Historia de la fabula*, I, pp. 302-303.

<sup>46</sup> Hausrath, 133-Perry, 131.

<sup>47</sup> Hausrath, 2-Perry, 2.

<sup>48</sup> Hausrath, 210-Perry, 195.

<sup>49</sup> Hausrath, 41-Perry, 41.

<sup>50</sup> M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 64 y 86.

<sup>51</sup> F. R. Adrados, *Historia de la fabula*, I, p. 474.

<sup>52</sup> J. Pollard, *Birds*, p. 28. Niños jugando con aves en representaciones griegas, en A. E. Klein, *Child Life*, p. 11, lám. XI, y A. G. Beck, *Album of Greek Education*, Signev, 1975, p. 49 y figs. 296-300.



dero siempre ha sido animal para el juego cariñoso<sup>53</sup> La imagen del camello vale también, pero quizá apunte al período helenístico como época de redacción de esta fábula y a Egipto como escenario<sup>54</sup>

Una observación que salta a la vista es que los niños en la fábula no son otra cosa que niños Y no se tenga por tautología Peor es, además, y equivocado pretender que los niños de la fábula no son niños<sup>55</sup> Quiero decir que, si los animales de la fábula representan tipos humanos, el niño no aparece apenas simbolizado por animales o por ejemplares jóvenes de cualquier especie<sup>56</sup> Las únicas excepciones de las fábulas vistas son las del lobo aprendiendo el oficio familiar, retrospectiva y general, y la de la zorra que hace como que se entretiene con un cordero, y esta segunda es excepción con un rasgo de peculiaridad el infantilismo del animal es fingido En cuanto al animal que aparece con sus pequeños en alguna fábula, no aporta caso significativo, si tenemos en cuenta lo observado por Nøjgaard<sup>57</sup> Por lo dicho, vale la afirmación general El animal pequeño de la fabula representa al debil y al ingenuo, no al niño Este aparece como tal, sea en la escena, sea en el epimitio De haber sido mayor la presencia infantil en la coleccion esopica, nos habríamos visto tentados a concluir que el hecho de que el niño aparezca de manera desvelada prueba el carácter hasta cierto punto educativo de este género popular, como escolar y educativa ha sido en gran medida la fábula posterior<sup>58</sup> La dificultad de fecha para estos textos, que resiste una acomodacion interesada, permitiría ver aquí un rasgo helenístico, en la idea de que es en este periodo griego tardío cuando la fábula viene a brindar material de trabajo útil para las escuelas en general, y particularmente para las de retórica<sup>59</sup> Pero nuestros textos con referencias infantiles no son demasiados y algunos, además, validos sólo por el epimitio, son con seguridad tardíos, lo que no permite sacar la conclusión de que haya aquí indicio res-

<sup>53</sup> No es frecuente, sin embargo, verlo en el mundo clasico como compañero en juego de niños No aparece citado, por ejemplo, en este menester ni en Klein, *Child Life*, capitulo «Toys, pets and games», ni en Beck, *Album*, capitulo VIII, «Pets», ni en N. Douglas, *Birds and Beasts of the Greek Anthology*, reimpresso en Nueva York, 1972, capitulo «Mammals» Y la misma ausencia, para Roma, encuentro en J. M. C. Toynbee, *Animals in Roman Life and Art*, Londres, 1973, capitulo XV, «Sheep and goats»

<sup>54</sup> Suposicion sobre criterio utilizado ya por M. Nøjgaard

<sup>55</sup> M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, p. 550

<sup>56</sup> Como señala M. Nøjgaard, *La fable antique* I p. 300, la fabula esopica no conoce edad y sus personajes simbolizados por animales no son ni juvenes ni viejos

<sup>57</sup> M. Nøjgaard, *La fable antique* I, p. 301

<sup>58</sup> M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 480-481. Véase, sin embargo, la p. 550. Piensese en el extraordinario aprovechamiento docente de La Fontaine en Francia y de Samaniego e Iriarte aquí en España

<sup>59</sup> F. R. Adrados, *Historia de la fabula*, I, p. 469, cree que este género se convierte en instrumento para la enseñanza no antes del siglo I a C. y no piensa que lo fuera en época helenística. M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 549-550, niega que el género fabulístico sea escolar de por sí, pero admite que se utilizara en la enseñanza con cierta frecuencia, aunque sin dar referencia cronológica

pecto a que la fábula fuera género básicamente para niños y educandos en general <sup>60</sup> Y aunque esto se pudiera concluir, no empujaría de modo necesario estos textos a época helenística, porque del valor educativo de la fabula en época clásica tenemos algun testimonio indicativo, como puede ser el que Aristófanés aplique los calificativos de ἀμαθής y οὐ πολυπράγμων a quien no conoce los relatos esópicos, lo que puede suponer una cierta relación antigua del género fabulístico con la enseñanza o, al menos, presencia en ella <sup>61</sup> Es posible, me parece, negar que la fabula como género estuviera en función de la enseñanza, cual ocurriría más adelante, pero no quiza una utilizacion en la escuela de estos textos de asequible edificación, aptos para el pueblo, sí, pero también para niños <sup>62</sup>

Entendidas nuestras pequeñas piezas como pintura del hombre y lección para el hombre, según ya he dicho, no debe extrañar la presencia de lo infantil en la fábula. Hay que reconocer, sin embargo, que a la búsqueda de alusiones a los niños en la colección esópica han correspondido resultados que no dejan de ser magros. Pero no carecen de interés. Aunque hay temas que tienen algo de validez universal, es significativo, sin embargo, su testimonio, y más si se da la circunstancia de documentación paralela en otros autores y géneros, cual ocurre en algún caso concreto ya visto. Aquí está, de todas maneras, lo que he visto de presencia del niño en los cuadros de vida esópicos, por decirlo en formulación de los rétores <sup>63</sup>, en esta verdad representada por los relatos ficticios que son las fabulas

<sup>60</sup> M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 550-551.

<sup>61</sup> Aristofanes, *Aves*, 471. Esto indica que en época clásica, siquiera fuese en dimensión popular, la fabula era algo más que conseja y que entretenimiento. Se la relacionaba de alguna suerte con el aprendizaje. Esto no quiere decir que yo tome partido en la discusión sobre si circulaba o no en la Atenas del siglo V colección escrita de los μῦθοι esópicos, en lo que se inclina por la afirmación M. Nøjgaard, *La fable antique*, I, pp. 457 y 472-474, y por la negación de F. R. Adrados, *Historia de la fábula*, I, p. 395.

<sup>62</sup> Me refiero al carácter infantil y de alta moralización a que alude J. Pollard, *Birds*, p. 183: «The fable is simple and childish but the moral runs deep». Moralidad pragmática que no cabe interpretar anacronicamente en base a otros códigos éticos más evolucionados.

<sup>63</sup> Tanto Afonio como Teon definen la fabula, μῦθος, como λόγος ψευδῆς εἰκονίζων ἀλήθειαν. Cf. Spengel, *Rhetores graeci*, II, pp. 21 y 72, respectivamente.